

vencerse á sí misma, negar su propia voluntad y su propio juicio, dar su brazo á torcer, cuando lo puede tener en actitud amenazadora de mando ó de castigo; y de estas cosas tan grandes y tan fuertes tiene muchas veces que echar mano una Prelada, si quiere ser buena y cumplir con su deber. Tiene que condescender muchas veces con la flaqueza de las súbditas; tiene que esperar la hora oportuna para la corrección y el castigo; tiene que acomodarse al caracter de cada una, y esto sin menoscabo de su autoridad, sin quebranto de la obediencia y de la observancia, que deben permanecer siempre en su vigor. Tiene que vencerse á sí misma, y humillar su corazón para que no se levante á mayores, ni ponga la mira en sus preeminencias, regalo y estimación, queriendo tener quien le sirva, y le cosa la ropa, y se lo haga todo nuevo y aparatoso. En eso y en todo lo demás que huele á vanidad, soberbia y señorío debe ella vencerse continuamente, abajándose á ser ayudanta de la cocinera y de la enfermera y de la ropera, á imitación de aquella mujer fuerte que trabajaba con la rueca y con el huso.

*Manum suam aperuit inopi et palmas suas extendit ad pauperem.* Abrió su mano para dar al necesitado, y la extendió para socorrer al pobre. Grande elogio es este que hace Dios aquí de la mujer fuerte, y en él nos dice que la buena Prelada debe ser limosnera, ya sea pobre su Comunidad, ya sea rica: si es rica, porque puede darla; y si es pobre, para que á ella misma no le falte. Y no es esto paradoja, aunque lo parece; sino verdad de fé salida de los labios de Jesucristo, el cual dijo: Dad y os darán; porque con la misma medida que midiéreis sereis medido. De modo, que si por ser la Comunidad pobre da poca limosna, poco le dará Dios á ella; y si da mucha, le dará mucho: de donde se sigue que mientras menos tenga, más debe dar para

que menos le falte. ¡Oh si la humana avaricia acabara de entender esta doctrina de Cristo, y esta hermosa sentencia del Espíritu Santo! El que dá limosna al pobre no empobrecerá; y el que se la niega, caerá en la indigencia. Sentencia que he visto yo confirmada, muchas veces, en todas sus partes. El Convento en que las religiosas, dejan parte de su propia comida para los pobres, aunque ellas se queden con hambre, abunda siempre en bienes espirituales y temporales, pero en donde se niega al pobre necesitado una limosna, nada luce, y aunque entren tesoros se deshacen como la sal en el agua. Por eso, Margarita mia, toma para tí, el consejo que dió á su hijo el Santo Tobías: "Da limosna á los pobres de lo que tengas en tu casa, y ninguno que á tí llegue lo dejes ir vacío; que como así lo hagas, nunca el Señor apartará sus ojos de tí. Si tienes mucho, da mucho, y si poco, da poco, que haciéndolo de este modo reunirás un tesoro para el tiempo de la necesidad. "

Y advierte que la limosna no puede darla nunca la religiosa particular, aunque sea á un pobre de su familia y quitándose ella de su propia ración; sino la Prelada ú otra señalada por ella es la que ha de darla en nombre de la Comunidad y no de ninguna monja determinada. Y si la monja particular, en virtud de su voto de pobreza, no puede dar ni una limosna sin ofender en poco ó mucho á esa virtud, ¿qué diremos de tantos regalos particulares como salen por algunos torneos? Qué diremos de tanto plato de dulces, de tanta cesta de rosquitas, de tanto bocadito de conservas, de tanto guiso delicado, de tanto juguete y tanta laborcilla como se dan á quien no lo necesita, mientras se niega un pedazo de pan á un pobre? Ay! que éste es el camino por donde muchos conventos han llegado á la escasez, á la penuria, y, lo que es peor, á llenarse de

trampas y de relajación! ¿Cómo quieren que Dios las ayude, si tiene prometido portarse con ellas, como ellas se porten con los pobres? Y cómo quiere que las socorran los ricos del mundo, si éstos ven que las monjas regalan lo que ellos apenas pueden adquirir por lo costoso y delicado? No! lo que hacen los del mundo; con eso es escandalizarse, ó reirse de las monjas, diciendo que son unas regalonas y pedigüeñas, que se quejan de vicio. En los Conventos donde no existen esos regalos, esas majaderías ni esos cumplimientos, indignos de las esposas de Cristo, son ellas más admiradas y respetadas de grandes y de chicos; no falta lo necesario para el mísero cuerpo, y abunda la paz, la alegría, la unión y consuelos espirituales; pero en los que existe esa calamidad de regalillos, correspondencia y donecillos, ahí suele faltar la paz del alma y lo necesario para el cuerpo. Quieres que en tu comunidad no falte nada de esto? Pues quítale á las monjas los regalillos y dádivas de cumplimiento; convierte todo eso en limosna para los pobres; extiende tu mano como la mujer fuerte, para socorrer al indigente, y no temas! que no vendrá por tu casa la desnudez y la miseria. *Non timebit domus sua a frigoribus nivis, omnes enim domestici ejus vestiti sunt duplicibus.*

En estas palabras da Dios seguridad á la Prelada limosnera de que no le faltará nada en tiempo de necesidad; pues por haber ella socorrido al pobre, Dios socorrerá á su Comunidad con vestiduras dobladas para que no sienta el frío de la nieve ni el rigor del invierno. Por este vestido doble se entiende el sustento para el cuerpo en tiempo de escasez y el fervor para el alma en días de tribulación á fin de que no se hiele con el frío de la tibieza. Y es buena Abadesa la que cuida de que todas sus monjas estén abrigadas en el alma y en el cuerpo con estos vestidos dobles, con

adorno interior y exterior, con amor de Dios y del prógimo, con mortificación por dentro y palabras amorosas por defuera. Y dice el texto que viste á todas igualmente, no sólo á sus paniaguadas ó á las que son de su genio ó de su bando, sino á todas por igual, y después que á todas las tiene bien arregladas, entonces provee vestido para sí. Pero qué vestido! *Stragulatam vestem fecit sibi; byssus et púrpura indumentum ejus.*

Misterioso es por cierto el traje de esta mujer fuerte: su ropa es holanda y púrpura, todo bordado con variedad de colores. La blanca holanda es símbolo de la pureza y santidad de vida; la púrpura encarnada simboliza la sangre derramada por Cristo en mortificaciones, trabajos, martirios y persecuciones sufridas por Él; y el bordado de colores es emblema de las virtudes que practica continuamente. Estas son las galas con que ella se adorna para edificación y buen ejemplo de sus hijas. Adórnate tú también, Margarita mía, con este traje misterioso; ataviate con él y procura ser un dechado de todas las virtudes; un modelo del cual tus hijas copien y aprendan la perfección religiosa; un ejemplar de amor de Dios, de pureza y santidad; un espectáculo de profunda humildad y de invicta paciencia grato á Dios, á los ángeles y á los hombres, para que de todos estos sea por tí conocido tu divino Esposo y Él se porte noblemente contigo cuando el último día se siente á juzgar con los senadores de la tierra. *Nobilis in portis vir ejus quando sederit cum senatoribus terræ.*

Pero lo mejor de esta Prelada no es que cuide de vestir á sus hijas y de vestirse á sí propia, sino que además teje un lienzo finísimo, lo vende y le entrega un cingulo al mercader, que esto significa en el texto la palabra cananeo. *Sindonem fecit, et vendidit, et cingulum tradidit Chananeo.* Este mercader, á

quien la buena Prelada entrega un cingulo precioso, no es otro que Jesucristo, y la tela blanca y delicada de que lo hace no es otra cosa que la santidad y la pureza, el candor angelical y el amor seráfico de los corazones; que éstos y no otros son los hilos con que se teje esa vestidura de Cristo. En tejerla emplearon sus fuerzas y talentos los Domingos y Teresas, las Claras y los Franciscos y todas las Preladas y Prelados santos que han tenido las religiones. Y vistiendo ellos así con traje de gloria, al Esposo divino, cubriéronse á sí mismos de honor y fortaleza, y rieron y gozaron en el día último, como se escribe de la mujer fuerte: *Fortitudo et decor indumentum ejus, et ridebit in die novissimo.*

Aquí es de notar que el Señor está vestido de fortaleza y decoro, según el salmo 92; y con esa misma librea viste Él á la Prelada fuerte que busca en toda la gloria divina y la santificación de sus hijas. Este es otro de los elogios que de ella se hace: el tener fortaleza para oponerse á la relajación, para arrancar los defectos y malas costumbres, para hacer guerra á los vicios, para humillar las soberbias y levantar á las caídas, para recoger á las distraídas y amparar á las desamparadas, para cerrar los locutorios y ahuyentar las visitas tontas, para atajar parlerías y romper cartas impertinentes, para resucitar la primitiva observancia y restituir al convento su antigua austeridad, el lenguaje de espíritu, los ejercicios de mortificación, el retiro y el silencio, la frecuente oración y la práctica de las virtudes. Pero esta fortaleza que el Espíritu Santo alaba en la Superiora perfecta no es fortaleza seca y desnuda, sino vestida y acompañada de gracia y decoro, de afabilidad y atractivo; porque la fortaleza sin suavidad se convertiría fácilmente en rigor temerario que exasperaría á las súbditas; y la suavidad sin fortaleza se trocaría con facilidad en relajación.

Por eso la que anda con esta librea de fortaleza y suavidad es la que reirá en el día novísimo, la que se llenará de gozo no sólo el día que salga de Prelada por haber hecho bien su oficio, sino el día de la muerte, en que oirá aquella hermosa sentencia de Cristo: Alégrate, sierva fiel, y entra en el gozo de tu Señor.

*Os suum aperuit sapientia, et lex clementia in lingua ejus.* Abrió su boca á la sabiduría y puso ley de clemencia en sus labios. Con estas palabras confirma el texto sagrado lo que acabamos de decir; esto es, que la Prelada no ha de ser toda rigor y fortaleza, sino que ha de templar ese rigor con palabras afables y con la ley de la clemencia, lo cual es otro de sus deberes principales. La Prelada que ande siempre cariacontecida, escupiendo sentencias ó hecha una leona por el convento, no tendrá muy contenta á su comunidad; pero la que es afable, la que abre sus labios á la sabiduría y cuando habla comienza á echar perlas por aquella boca, palabras cariñosas, encendidas en amor divino y en deseos del bien espiritual de todas, esa sí que consigue cuanto quiere, porque sus palabras son saetas que estimulan á la práctica del bien. Por esto dice el Señor en otro lugar que las palabras afectuosas son panal de miel, dulzura del alma y sanidad de los huesos, porque tales frases en boca de los Prelados suelen sanar los males interiores de los súbditos, endulzar las amarguras de su alma y ser para ellos panal que alumbre con su cera y dulcifique con su miel. Ten, pues, Margarita, afabilidad y prudencia en las palabras para persuadir y reprender; no añadas carga sobre carga; habla siempre al corazón; rebose tus labios caridad y celo; ten en tu lengua la ley de la clemencia, y habrás adelantado mucho para regir bien; sobre todo, si añades á esto lo que hizo la mujer fuerte, que fué considerar las sendas de su casa y no

comer el pan ociosa. *Consideravit semitas domus sue et panem otiosa non comedit.*

En esto ha de poner la Prelada un estudio particular, en considerar las entradas y salidas de su casa, el adelanto ó atraso de sus hijas, sus caracteres é inclinaciones, lo interior y lo exterior, lo que hay en ellas de bueno y de malo, sus aficiones y repugnancias, sus virtudes y defectos, sus ejercicios y ocupaciones, mirando cómo va la observancia regular, cómo se cumplen los votos, cómo anda el espíritu de oración, recogimiento y silencio, el rezo, los ayunos y demás prácticas de la vida religiosa. La buena Prelada debe mirar y remirar lo que pasa en su convento, lo que entra, lo que sale, lo que se habla, lo que se come, lo que hay en las oficinas, lo que tiene cada religiosa en su celda ó en su arquilla, lo que hacen las oficiales y las que no lo son; y como de todas tiene que dar cuenta al Señor, á todas las vigila para que ninguna esté ociosa. Y cuando ella va delante con el ejemplo y es la primera en la oración y en el trabajo, entonces no sólo no hay quien la murmure ni critique por su vigilancia, sino que por el contrario, se levantan sus hijas y la llenan de bendiciones, su esposo, y la colma de alabanzas. *Surrexerunt filii ejus et beatissimam predicaverunt: vir ejus et laudavit eam.*

Este es el premio que Dios promete á la buena Prelada: ser alabada de sus hijas y de su esposo Cristo, no sólo en la otra vida, sino también en ésta, que cuando las súbditas tienen una Madre prudente, caritativa, celosa, perfecta y santa, no se pueden ir á la mano sin echarle mil bendiciones, publicar sus virtudes y predicar sus excelencias: y con este premio la estimula el Señor á que trabaje en el cumplimiento de su deber, animándola con la recompensa de ver á su comunidad contenta y aprovechada, de tal modo, que

todos cuantos la vean tengan por dichosas á las súbditas que tienen tal Prelada, y por bienaventurada á la Prelada que tiene tales súbditas. Sí; ¡dichosas súbditas y Prelada dichosísima la que ve su comunidad adornada de virtudes, llena de fervores, puntual en la observancia y respirando mortificación y amor de Dios por todas partes! Y es dichosísima porque el esposo divino se levantará para bendecirla y glorificarla. Y ¿qué alabanza es esa que Jesucristo da á la buena Prelada? Óyela, Margarita mia, y procura merecerla. *Multæ filia congregaverunt divitias, tu supergressa est universas.* Muchas hijas tuyas acumularon riquezas; pero tú superas, aventajas y sobrepujas á todas.

Por aquí se echa de ver cuán grande es la diferencia que hay entre la virtud de una religiosa particular y la de una Superiora, porque aquélla sólo tiene que atender á su aprovechamiento particular, á sus necesidades espirituales, á su propia santificación, que lo demás no corre por su cuenta; pero ésta tiene que cuidar de la santificación de todas, del bien común, del aprovechamiento universal, de las necesidades de todas sus hijas en lo que toca al alma y en lo que pertenece al cuerpo, y por esto sus merecimientos no sólo igualan á los de ellas, sino que exceden y sobrepujan al de todas. Mucho es, por cierto, lo que merece y gana una súbdita obediente y fiel, ocupándose en lo que le ordenan; muchos merecimientos y virtudes amontona al cabo del día; pero con todo eso *tu supergressa est universas*; tú ganas mucho más si gobiernas bien, como gana más gloria en campo de batalla el general que con su pericia consigue la victoria, que los soldados y gente de armas que combatieron á sus órdenes. Bien puede ser que durante la milicia tenga la Superiora menos quietud, menos paz interior, menos tiempo para la oración, menos consue-

los espirituales, menos lágrimas y regalos que la súbdita; pero si es la que debe ser, tendrá más virtudes sólidas, más sacrificios, más trabajos y más cruz, y esto es lo que le hace aventajarse sobre todas á los ojos del Esposo celestial. Esto es lo que Él estima, que las demás cosas que en el mundo se aprecian son despreciables á sus ojos; y si no, mira lo que añade: *Fallax gratia, et vana est pulchritudo: mulier timens Dominum, ipsa laudabitur*. Falaz es el gracejo ó el donaire y vana la hermosura: la mujer que teme á Dios es la única que merece alabanza.

Después de haber dicho el Espíritu Santo las buenas cualidades que ha de tener la perfecta Prelada, le indica en dos palabras los defectos de que debe huir, las malas cualidades que ha de evitar. Nada de chistes ni de cuentecillos; no preciarse de aguda ni de graciosa; nada de fingimientos ni veleidades, mudándose á cada viento como veleta de torre; nada de vano ornato y atavío, haciendo muchos pliegues en el hábito ó prendiendo la toca y el velo con muchos alfileres para parecer de buen rostro; nada de perfumes ni jabones olorosos para presentarse con las manos muy blancas y oliendo á tocador, porque eso lo detesta Cristo y lo llama vanidad, engaño, mentira, falacia, liviandad, disolución, carcoma, polilla y muerte del espíritu religioso. Esto quiere decir el *fallax gratia et vana est pulchritudo*. Palabras que retratan de cuerpo entero á la Prelada vanidosa y mundana; mientras que de la perfecta dice que teme á Dios, y porque le teme hace guardar su ley santa, y todo lo que es propio de su instituto y profesión sin quebrantar ni una tilde ni una jota de lo que entendiere ser voluntad divina. Y como el temor de Dios es la llave de los tesoros del Cielo, el padre de toda buena obra, el compendio y cifra de todas las virtudes, por eso ella será alabada y recompen-

sada, le darán el fruto del trabajo de sus manos y la glorificarán sus mismas obras. *Date ei de fructu manuum suarum: et laudent eam in portis opera ejus*. Dadle á gozar el fruto de sus trabajos y alábenla sus obras en las puertas, en las calles y en las plazas.

Aquí manda el Esposo divino que á la perfecta Prelada que ha gobernado bien su convento y se ha fatigado por tenerlo abastecido en lo temporal y espiritual, le dejen ahora que se alegre y regocije de ver logrado el fruto de sus afanes, de ver á sus hijas tan modestas en el cuerpo como agraciadas en el alma; tan mortificadas en los sentidos como aprovechadas en el espíritu y tan perfectas en todo, que el convento parece un pedazo de cielo, un paraíso deleitable, donde el cordero divino se apacienta y viene á tener sus delicias con las hijas de los hombres. ¡Bendita Prelada la que esto logre ver en su casa! ¡Dichosas hijas las que merecieren tal Madre, y dichosa tú, mi buena Margarita, si de súbdita mereces tener tal Superiora, y de Superiora te portas como esta mujer fuerte, como esta perfecta Prelada descrita por el Espíritu Santo! Él sea contigo, te ilumine con su luz increada y te haga tal como desea tu afmo. P.

FR. A.